



Stefano Sannino (Portici, Nápoles, 24 de diciembre de 1959), vino al mundo como un regalo de Navidad para los suyos y forjó con los aires del mediterráneo y la calidez del sur su forma de ser, abierta al contacto con la gente y a la ruptura de barreras, no solo las de los territorios sino también las que muchas veces se interponen entre las personas.

Forjado en diversos cargos ante organizaciones internacionales (embajador, jefe de Misión OSCE en Belgrado del 2001 al 2002) y en el seno del

Servicio Diplomático italiano (vice jefe de misión de la embajada de Italia en Belgrado entre 1994 y 1996; jefe de secretaría del secretario de Estado de Asuntos Exteriores del 1996 al 1998; consejero diplomático y sucesivamente jefe de gabinete del ministro del Comercio Exterior desde 1998 a 2001), de 2006 al 2008 fue consejero diplomático del presidente del Consejo y su representante personal para las cumbres del G8.

Desde julio de 2013 a marzo de 2016 fue Representante Permanente de Italia ante la Unión Europea en Bruselas, un lugar al que guarda mucho cariño (allí conoció al que hoy es su esposo) y del que desmiente el sambenito de sitio aburrido y excesivamente burocrático. En la capital belga trabajó durante mucho tiempo en la Comisión Europea. Después de un periodo en el Gabinete del presidente (de 2002 a 2004) entró en la Dirección General de Relaciones Exteriores como director para la gestión de las crisis y representante en el COPS (2004-2006). Luego sería director para



América Latina (2008-2009) y finalmente director general adjunto para Asia y América Latina (2009-2010). En el 2010 se incorporó a la Dirección General de Ampliación como director general adjunto y más tarde como director general, cargo que tuvo hasta junio 2013.

La primera vez que vio el imponente palacete de la embajada italiana en la calle Lagasca de Madrid, siendo un veinteañero de viaje con amigos, nada le hacía suponer que décadas más tarde acabaría volviendo allí como inquilino. Saninno, que es embajador de Italia en España y Andorra desde el 21 de marzo de 2016, reconoce que lo que más le gusta de nuestro país es su marido, el catalán Santi Mondragón, pero, inmediatamente después, añade a la lista un buen número de aspectos por los que se siente aquí verdaderamente como en casa: «El carácter de las personas y su manera de vivir me apasionan». Por eso, quizá, ve con tristezas problemas como el del secesionismo catalán, que le produce la misma tristeza que la posible salida del Reino Unido de una Europa en la que cree y a la que tantos esfuerzos a dedicado en su carrera.

Melómano declarado y políglota (además de su lengua materna habla perfectamente español, inglés y francés), algunos destacan de él la maestría con la que combina su doble faceta de activista y caballero, guardando un perfecto equilibrio entre sus funciones diplomáticas y su papel de altavoz, siempre que puede, para la defensa de los derechos de las personas LGTBI: «Yo no voy con una pancarta diciendo: "Soy homosexual", pero quiero vivir mi vida con naturalidad y tranquilamente. No veo la razón para que nadie se turbe por eso». */